

Lo que existe fue pensamiento



Foto Diego García -DIGAR-. Construcción de la Biblioteca Central. Universidad de Antioquia. 1967. Archivo MUUA.

Llegamos de las laderas de una Medellín que siempre mostró sus fauces. Venimos de las calles sin asfalto, de terrazas con plantas sembradas en tarros de pintura y de casas a medio hacer. Venimos de familias rotas, preocupadas por el pan antes que por los libros.

La vida se iba en resolver el techo, el agua, la comida, la luz... ¿Qué es eso de tiempo para el hedonismo? ¿Para qué pensar en filosofía? ¿Para qué enfrascarse en discus-

siones sobre la ciudadanía? ¿Tiempo para pensar en la realización del espíritu o en el rumbo de las especies? ¿Buscar en algún cielo lo que nunca hemos tenido?

“La calle está dura. Para que las ollas hablen, hay que ponerse a hacer algo útil”, decían. A ratos, la angustia por ese reclamo de productividad se embolataba entre los tangos o boleros de las serenatas obligadas que salían de las cantinas de la cuadra. Otras veces, un festín improvisado de salsa



Foto Diego García -DIGAR-. Vista de la fuente *El hombre creador de energía* de Rodrigo Arenas Betancourt. Universidad de Antioquia. 1977. Archivo MUUA.

rompía la secuencia de los días, y la gritería de los niños que jugaban en la calle se perdía entre las voces cansadas de vendedores puerta a puerta que ofrecían su mercancía de mantas, baldes y parrillas. Ellos sabían de tiempos, deudas y recibos. La calle era el patio donde nos encontrábamos y nos reconocíamos como parte de la ciudad.

Algunos hijos, como frutos extraños del barrio, lograban llegar a “la pública” —“la privada” andaba por las nubes—. Unos pocos alcanzaban el pasaporte y eran integrantes de un raro universo en el que cargaban libros, vestían diferente y ayudaban a los niños y jóvenes a solucionar fórmulas matemáticas, realizar mapas o experimentos biológicos que ponían en los colegios. Eran embriones de bibliotecas barriales, puertas de salida a la exploración de algo distinto a la supervivencia. Habían ingresado a otro barrio, más grande, con ceibas, piñón de oreja y vara santa, a un campus construido en 1968 que los recibió, aún sin entender bien cómo habían llegado. ¿Quién puso la semilla que creció hasta convertirlos en parte de las más exóticas fisonomías de seres vivos? Raíces y troncos que sostienen ese campus que, de otra forma, sería un rostro amargo, una mirada desprovista de alegría.

Lo que existe fue pensamiento y la Universidad, desde sus orígenes, ha sido una de las expresiones más genuinas de lo colectivo, del énfasis supremo de cuidar de sí y de los otros —incluso a los que no conocemos—, porque lo público se instala para liberar a la humanidad de sus codicias, vanidades excesivas y personalismos.

Ese lugar llamado Universidad está poblado de palabras, de pensamientos que han

dado forma a realidades materiales. En la madurez temprana de sus 220 años que cumple en este 2023, la Casa de Estudios está dotada de un espíritu singular que se respira en el aire. Por ello, las páginas que usted leerá corroboran ese legado en el presente, esa forma en que la libertad, patrimonio de todos, impulsa los hilos del porvenir. Aquí, la prestidigitadora María Teresa Uribe y su voz preclara en momentos de oscuridad donde la Universidad enciende el faro e ilumina el camino; la sencillez del médico Manuel Uribe Ángel, cuyo tono nos recuerda la precisión de un espíritu superior que habla de la Universidad y su valor único, merecedor de toda defensa; el cronista mayor de la tribu, Juan José Hoyos, en ese recuerdo vívido de dos almas que se encuentran, al hablar del poeta Helí Ramírez, la poesía como hondura y revelación sin pose: Helí vio los ojos de la bestia desde la parte alta abajo, y el arco preciso del escritor Alberto Aguirre, cuando nos habla del fundador del Nadaísmo, en su feroz fragilidad de un cuerpo bautizado Gonzalo Arango.

Techos rojos de un imperio sin ostento, cincelada quietud de piedra en sus paredes, ladrillo y madera para hacerse un nido y una estación, caminos anchos, agua, esculturas, níqueles, plantas, cuerpos. La de Antioquia ha redimido a más de uno, lo ha puesto en órbita para permitirle pertenecer y ser uno en la manada.

“Vivo en un país libre (es mejor en una Universidad) que amo y me ama sin pedir nada (...) agradezco a los muertos de mi felicidad”.

Gisela Sofía Posada Mejía